

ta Esposa de Jesucristo por conductora y por madre; desde que le pidió, que le llevase por la mano, como un niño que no puede ver ni marchar por sí mismo, entró en una suave región de luz y de reposo; este hombre, este genio, ya lo habeis adivinado, se llamaba Agustín. Hay quizá, entre vosotros, quienes experimentan las temeridades y las angustias de su independencia; quizá buscan, como él, en sus propios pensamientos, el nudo definitivo de los grandes problemas religiosos, y no hallan en ellos sino incertidumbre y perplejidad. ¡ Ah! sabed, que la luz de la inteligencia, como la de los órganos, no nos viene de adentro, sino de afuera. Imitando el ejemplo de san Agustín, buscadla en la Iglesia y en las decisiones de su autoridad. Sometidos á su sabia y persuasiva autoridad, no cesareis de ser libres, y sereis más instruidos y más felices; ella no será un déspota, sino un oráculo bienhechor; y siguiéndola, como otro Israel, guiado por una columna de luz, con paso firme y seguro, marchareis por el camino real de la paz y de la verdad á la felicidad eterna, que os deseo.

IGLESIA.

(FUERA DE ELLA NO HAY SALVACION ETERNA.)

VII.

Qui non crediderit, condemnabitur.
El que no creyere, será condenado.

(MARC. XVI, 16.)

Vengo hoy, hermanos míos, á tratar de una materia grave, la cual está reducida á esta expresion: Fuera de la Iglesia no hay salvacion. Cuando nos contentamos con aplicar esta máxima á la vida social y política de los pueblos, no parece odiosa ni excesivamente irracional. Pero, cuando se hace extensiva á los destinos futuros del hombre, entónces se desecha con indignacion como imposible y cruel. Es menester, dicen, no exagerar la parte que tiene la Iglesia en este mundo. Si teniendo á la vista un globo terrestre, se compara la extension

que ella ocupa, con la que deja de ocupar, desaparece como un átomo ante el infinito. ¿Qué significan algunas porciones de territorio, en donde están diseminados los católicos, respecto á los espacios habitados por los salvajes, aún idólatras ó paganos, por los sectarios de Budha, por los discípulos de Mahoma, por los restos de la Sinagoga, por las mil diferencias del cisma y de la herejía? Y si, como suponéis, esta masa de naciones, no camina, por la senda de la felicidad, sino por la del abismo, ¿qué es el Dios del Evangelio, que se llama, sin embargo, un Dios de amor y de bondad? Salvar algunos predilectos, á quienes un dia infundirá temor su misma soledad en los desiertos de su gloria, y despues arrojar todo el resto como un inmenso haz de leña muerta en espantosos braseros, ¿seria esto una expresion de su ternura? ¿Y por qué, ó de dónde viene esta diferencia? ¿Por qué nos hizo venir al mundo sobre un peñasco de la Australia, y no al pié de los Apeninos? Es decir, que los caprichos del nacimiento, y las contingencias de latitud, dirigen las operaciones de su justicia y la suerte eterna de sus criaturas. Nó, no puede ser así. El género humano forma un vasto círculo, cuyo centro es Dios, y es preciso, que de todos los puntos de la circunferencia se pueda llegar hasta él, aunque no se haya pasado por el radio de la Iglesia.

Seguramente, señores, estas reclamaciones son muy patéticas. Tienen, sin embargo, la desgracia de caer en el vacío, y de ser solamente inspiradas por una falsa interpretacion de la doctrina católica. Para cortarlas de raíz bastará, no digo discutir, sino exponer en su verdadero sentido la máxima que las provoca, lo que haremos estudiándola sucesivamente en lo que ella supone, en lo que abraza y en lo que excluye. En lo que ella supone, creeremos que sus ideas, son las de la más sana filosofía; en lo que abraza, nos parecerá más extensa que lo que ordinariamente se presume; en fin, en lo que excluye, admiraremos, á la vez, su justicia y su moderacion. El desarrollo de estos pensamientos tendrá poca animacion; es el defecto inevitable de todas las exposiciones. Pero, en cambio, será claro para todos; y verosíblemente en algunos, causará sorpresa, siendo para ellos una revelacion. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El hombre, señores, no es un metéoro que se apague en este mundo; su destino no hace más que empezar en la tierra, y tiene su complemento más allá del sepulcro. Para él, está preparada en un mundo ulterior la plenitud de felicidad, que anhela, y que le rehusa el tiempo; y cuando decimos: Fuera de la Iglesia no hay salvacion, suponemos, como principio, que para alcanzar este término lejano de

nuestra existencia, para entrar en posesion de esta felicidad sin límites, de que estamos sedientos, y que el porvenir solo nos reserva, puede Dios marcarnos una senda especial y única; que tiene derecho á sujetar su conquista á cierta reunion de condiciones obligatorias; y que si no las cumplimos, si no marchamos por el camino que ellas nos señalan, es dueño de desheredarnos del trono cuyo acceso, segun sus designios, deben abrirnos.

¿Y qué cosa más filosófica, os pregunto? Soldados, ¿veis ese fuerte? Mañana subireis al asalto.—¿Por qué lado, capitán?—Por el norte, no es accesible por otra parte; y en todo caso, yo quiero que sea así.—Está bien.—Ved aquí el poder de un general, y la obligacion de un ejército. Bien comprendéis, señores, que nosotros somos el ejército; el fuerte es el objeto inmortal á que aspiramos; el general es Dios. Él tiene sobre nuestro destino un dominio absoluto. Así como es libre en fijar nuestras glorias y nuestros goces futuros, lo es tambien en fijar el camino que debe conducirnos á ellos; si es su voluntad decirnos: Tú pasarás por aquí, y no por otra parte, desde el momento en que nos hace conocer sus intenciones, no tenemos nada que responder. No podemos replicar: Yo no puedo; Él no ordena lo imposible. Tampoco podemos añadir: Esto no me acomoda; no es Él quien debe aceptar nuestros caprichos, siendo nosotros los que debemos someternos á sus voluntades.

La Iglesia es tan extensa en lo que abraza, como razonable en lo que supone. Es menester formarse una idea exacta de su naturaleza y de su extension. ¿Qué cosa es el Océano? Hallareis extraña, sin duda, esta pregunta en el asunto que nos ocupa; y, sin embargo, lo repito: ¿Qué cosa es el Océano? Es, segun la expresion de la Escritura, la inmensidad de las aguas que el Criador ha puesto como un manto magnífico, al rededor de nuestro globo, y cuya masa tumultuosa está aprisionada en lo interior del grande abismo. Pero no está allí solamente, sino que penetra en el corazón de los continentes, por medio de un sistema infinito de arterias invisibles; y hasta en los parajes más lejanos de sus riberas, existen manantiales y rios, que le sirven de alimento; él es su padre, como decian los antiguos poetas. Así es la Iglesia. Existe en ella, desde luego, una jerarquía, un mecanismo visible, en que está encerrado el universo como en una vasta red. Pero, además de esta organizacion, que se toca, hay una porcion de su divina sustancia, que no se ve. Hay, como decia el cardenal Belarmino, los dones interiores del espíritu celestial de que está llena y que la anima, con todas las gracias y todas las virtudes, cuya impresion hace el fondo de sus sentimientos y de su vida; es lo que la

lengua teológica llama su alma. Y esta alma misteriosa no se detiene en donde acaba su constitucion exterior; se extiende mucho más allá de su imperio público; va á circular y obrar por venas secretas, hasta debajo del terreno de los países habitados por el cisma, la herejía ó la infidelidad; y allí, sin que nadie se aperceba de ello, pueden hallarse corazones numerosos que extiendan hasta ella sus raíces, se nutran con su sávia, y estén destinados á coger el fruto de sus inmortales esperanzas.

Así, en el siglo décimo séptimo, los protestantes se llenaban de furor contra la Iglesia; tal ha sido siempre nuestra dicha, que no nos han hablado sino con la cólera ó el sarcasmo en los lábios. Nos acusaban, de que condenábamos universalmente á todo lo que parecia estar fuera de la comunión católica; y Nicole les respondia sosegadamente: «Hay que hacer una primera excepcion. Es cierto, que la » Iglesia, reconociendo verdadero el bautismo de las comuniones disidentes, que lo administran segun la forma prescrita por el Evangelio, reconoce tambien por verdaderos miembros suyos, á todos los » niños bautizados por estas sectas, cuando no han adherido por una » voluntad culpable al cisma ni á la herejía. Ella es quien los ha engendrado, aunque por el ministerio de estas sociedades separadas, » que no son, respecto de ellos, sino nodrizas, pues ella es su madre.» Ellos pertenecen al rebaño de Jesucristo, aunque parezcan estar fuera de él, y, por lo mismo, tienen derecho á sus promesas; para ellos es la beatitud eterna, como para aquellos que ha regenerado el catolicismo con sus propias manos; y si mueren ántes de haber tomado posesion de su libertad, si dejan la tierra, adornados de su primera inocencia, entrarán infaliblemente en la gloria; verán á Dios cara á cara, como lo ven ya los ángeles. Esta es la expresion misma del Evangelio, y es tambien la doctrina de la fé. Y como parece probado, que el número de estos niños, válidamente regenerados por el cisma y la herejía, es considerable; como respecto á esta cantidad, es muy elevado el número de los que arrebató una muerte prematura; como desaparecen casi una mitad, ántes que la inteligencia se haya abierto y que haya borrado la gracia bautismal, ¡qué magnífica cosecha no forman para el cielo, en medio mismo de la cizaña sembrada por el enemigo del padre de familia!

Segunda excepcion, no ménos cierta que afectuosa. San Ambrosio la insinúa, con tanta uncion como firmeza, en la oracion fúnebre de Valentiniano. Este emperador habia pedido el bautismo; pero, ántes de haberlo recibido, fué muerto por la cruel perfidia de Arbogasto. Todos estaban inconsolables más allá de los montes; y para calmar

este dolor, el grande obispo de Milan hablaba así: «Os veo, en cierto modo, desalentados, porque no le ha sido conferido el bautismo; pero, decidme: ¿querer y pedir no es todo y lo único que depende de nosotros? Él precisamente, hace mucho tiempo, deseaba ser iniciado en la gracia; queria hacerlo ántes de volver de las Galias á Italia; y poco hace, todavía, me ha instado que fuese á su lado para administrarle este sacramento, ¡tanto era lo que lo deseaba! ¿No habria conseguido una regeneracion, que ha deseado tan vivamente? ¿Quedaría privado de un beneficio, que ha solicitado con tantas instancias? ¡Ah! sin duda ha recibido este favor, por lo mismo que lo ha invocado. Y si me decís, que las solemnidades exteriores no han sido practicadas, os responderé, que si fuera así, los mártires no serian coronados, cuando no son más que catecúmenos. No, ciertamente; ellos son purificados con su sangre: Valentiniano tambien lo habrá sido por su buena voluntad: *Quod si suo abluntur sanguine, et hunc sua pietas abluit et voluntas.*»

La sociedad de Jesucristo es generosa. A la verdad, no se puede entrar en ella sino por el bautismo; pero, si el bautismo exterior es imposible, si no tenemos ministro para regenerarnos, ni verdugo para lavarnos en nuestra sangre, llevamos en nosotros mismos otro sublime y último recurso. Por una admirable disposicion de Dios, nuestro corazon se convierte entónces, si queremos, en un horno regenerador. A ciertas condiciones de fé, de arrepentimiento y de amor, agregad el deseo de purificaros por los medios establecidos para esto por la Providencia, y no se necesita más para hacernos hombres nuevos. Es como una especie de baño de fuego, que nos trasfigura. No nos imprime el carácter de cristianos, pero nos comunica su justicia y sus derechos; y cualquiera que haya sido nuestra religion precedente, aunque hubiésemos sido judíos, budhistas ó mahometanos, vednos ya por la piadosa energia de nuestros deseos y el fuego de nuestra caridad, naturalizados en la Iglesia, esta tierra prometida de las almas, esta excelente patria de la esperanza, como la llamaba san Agustin, en la poética vivacidad de su lenguaje.

Todos los que participan del beneficio de este bautismo, son tambien miembros invisibles, pero, reales de la Iglesia; y no hay nada que pruebe, que no son numerosos en el mundo. La tercera excepcion, solicitada sin duda por vuestros deseos, señores, entra tambien en el círculo de la Iglesia.

Hay adultos, que despues de haber sido bautizados, segun el rito necesario, se han criado, con entera buena fé, en una secta disidente. Han mirado siempre, sin ninguna mezcla de duda ni de inquietud,

la fé que profesan, desde la cuna, como la más pura. No se les ha ocurrido la menor sospecha, de que pudiesen estar en una religion falsa, en el seno de una sociedad proscrita, bajo el yugo de una autoridad usurpada; de suerte, que si adhieren ahora á este cisma, á esta herejía, en medio de los cuales han nacido, es por una ceguedad fatal, por una plenitud de confianza, reputada razonable, en sus padres, sus ministros, sus maestros, su nacion, y no por una voluntad perversa y un espíritu rebelado. La Iglesia los llama aún sus hijos; no están al abrigo de su tienda, pero los lleva en su corazon; parece que marchan bajo otra bandera diferente de la suya, pero, para ella, no son más que soldados extraviados y no soldados enemigos.

Ved aquí, por consiguiente, otras tantas almas colocadas otra vez en el camino del cielo; ved aquí, una nueva satisfaccion concedida á vuestros justos deseos. Vosotros nos habeis dicho: ¡Salvacion para la inocencia! Y la Iglesia os ha dicho: Yo la salvo. Vosotros nos decís tambien: ¡Indulgencia para la buena fé! Y nosotros os respondemos: ¡Esperanza! El crimen, y no solamente el hecho de herejía, es lo que debe ser causa de reprobacion. Dios no condena aquí las desgracias, sino las faltas. Para ser objeto de sus anatemas, no basta, no, haber visto la luz; es menester, ó haberla despreciado, ó haberle suscitado ilegítimos obstáculos. Cualquiera de nuestros hermanos extraviados, que no sea culpable de estas faltas, cualquiera, sea griego ó protestante, compareciendo ante el tribunal supremo, tendrá derecho para repetir aquella expresion de san Pablo: Yo me he engañado sin saberlo; he vivido en las tinieblas, pero las he tenido por pura luz; he prestado el oido á los profetas del error, pero los creia profetas de la verdad: *ignorans feci*; éste, si, por otra parte, su conducta es irreprehensible, si está instruido en ciertos dogmas esenciales, y marcado con el sello bautismal, hallará infaliblemente gracia en el soberano Juez, sea que haya salido del cisma de San Petersburgo, ó del calvinismo de Ginebra. Con este candor y la integridad de sus disposiciones, le será permitido entónces dar la mano á los fieles católicos, y decirles en presencia de los pueblos admirados de este parentesco inesperado: ¡Salve, vednos ahora hermanos por una eternidad! ¡Viva el Dios que se ha dignado reunirnos!

Me parece, que, despues de tan considerables reducciones, nuestra formidable máxima debe pareceros muy suavizada y ménos ofensiva. ¡Oh! si nosotros os dijésemos: No hay salvacion sino en el recinto visible y dentro de los límites materiales de la Iglesia, concibo que os estremecierais. Pero, no; nosotros os decimos alcontrario: La Iglesia, no se acaba en donde cesa de verla nuestra vista; reina tambien y

se extiende más allá de las barreras levantadas entre ella y las sociedades disidentes. Ella dice á todos los que fueron regenerados por el bautismo del agua, de la sangre y del deseo: Vosotros sois mis hijos. A todos los que, siendo bautizados, permanecen en una ceguedad debida á errores inocentes: Sois míos. Son hijos que hace criar y alimentar por manos extrañas, sin saber cuál es su número, ni qué semblante tienen; pero son hijos, cuya multitud puede ser inmensa, y que ella no desdeña, aunque sean desconocidos. Marcados con su sello, y viviendo de su espíritu, viven también en su ternura; es un complemento de familia, al que ama tanto, como al cuerpo de la familia misma; y así como á sus hermanos, los declara asociados á sus esperanzas. ¡Ah! ciertamente: con tan vasta maternidad, con un amor tan extenso, confesemos, que la Iglesia no se muestra demasiado severa ni cruel en sus eliminaciones, á la entrada del camino que conduce á la felicidad.

Pero, si los disidentes pueden salvarse, ¿por qué perseguirlos tanto? ¿Por qué trabajais con tanta importunidad, en lo que llamais convertirlos? ¿Por qué? porque á nuestros ojos la posesion de la verdad vale más que la inocencia del error; porque, si puede existir la buena fé, no es fácil suponerla en todos, ni está demostrada en nadie en particular. ¡Hay tantas cosas que se parecen á la buena fé, y, sin embargo, ninguna de ellas lo es! Tal vez, añadiréis, si tantos disidentes pueden salvarse, ¿por qué decis de una manera tan absoluta: Fuera de la Iglesia no hay salvacion? ¿Por qué se arroja á las sectas separadas un decreto tan general de esterilidad, por no decir de reprobacion?

¿Por qué? por una razon muy sencilla; porque si uno puede salvarse en las comuniones disidentes, no es porque esté en ellas, sino á pesar de estar en ellas. Porque, aunque parezca su adepto, no es hijo suyo; porque si está ligado con ellas por vínculos exteriores, está unido por lazos secretos, pero vivificantes, al antiguo tronco católico, del que está separado; y siendo esto así, puesto que cualquiera que se salve pertenece á la Iglesia, donde quiera que se halle; puesto que si se salva, es por la razon misma de pertenecer á ella, aunque estuviese en el seno de las sociedades heréticas, es evidente, que puede decir de una manera absoluta: ¡Fuera de mí no hay salvacion! ¿Qué cosa más justa, cuando ninguno llega á los cielos sino con ella y por ella?

Por lo demás, es cierto, que la Iglesia cuenta escogidos entre las comuniones disidentes; así lo publica altamente, y desea con ansia que todo el mundo lo sepa. Pero, no puede discernir estos granos de trigo, estando debajo de la paja que los cubre; ellos son también in-

capaces de distinguirse, de conocerse á sí mismos, de darse á conocer; y esto basta, para que pueda no distinguirlos de los culpables, así en su lenguaje, como en su práctica; y que dejando á Dios el juicio individual de los corazones, tenga derecho á condenar y procribir el conjunto de las sectas por un anatema general.

Bien lo veis, señores, la Iglesia es, al mismo tiempo, en este punto, lógica en su celo, razonable en su lenguaje y maternal en su benignidad. Ya sé, que para ciertos espíritus intolerantes no será aún bastante indulgente; pero, si viniesen á hacerle reconvenções, volveria contra ellos la cuchilla de su palabra, y les diria, que son mil veces más inhumanos que ella. ¿Cuáles son las doctrinas, por las cuales explican nuestra suerte futura? Allá, la explican por el panteísmo, que, destinándonos á ser embebidos un dia en el gran todo, hasta llegar á perder el sentimiento de nosotros mismos, nos deja así la facultad de padecer en este mundo, y nos arrebatara la de gozar en el otro. Aquí, por el progreso indefinido, especie de máquina monstruosa, que iria pulverizando, sin compensacion ulterior, todas las generaciones presentes por la felicidad problemática de generaciones inciertas. En otra parte, por el escepticismo, que, despues de haber destruido las soluciones dadas á la existencia, mantiene este problema, y se burla de él, por una especie de juego estúpido y cruel, en lugar de definirlo. Estas son las doctrinas y las revelaciones de las escuelas contemporáneas. Es decir, que, en último análisis, no se limitan á exclamar simplemente como la Iglesia: Fuera de mí no hay salvacion, sino que exclaman en términos más espantosos: No hay salvacion para nadie. ¡Filósofos, filósofos! No ignoro que estas teorías, que son obra vuestra, os parecen sublimes. Pero, también sé cómo Rousseau calificaba, en un dia de buen juicio, las que se parecian á ellas; las llamaba dolorosas y bárbaras.

2. Despues de haber dicho, quienes son los que admite la Iglesia, debemos decir una palabra de los que ella excluye. Allí, la hemos visto digna de admiracion por su corazon tierno y dilatado; aquí, la hallaremos irreprochable en su justicia y en su rigor. Niños muertos sin bautismo, herejes y cismáticos de mala fé, infieles que no han conocido la revelacion, ni aún recibido el bautismo de deseo; éstos son los que ella pretende que están desviados del camino de la salvacion, y ninguno tiene derecho para quejarse de ello.

¿Qué es, señores, un hereje ó un cismático de mala fé? Ya no es un hombre, que mira como legítimos la doctrina que profesa y los pastores á quienes obedece; duda de su fé y de la autoridad de los que se la anuncian. A pesar de esta inquietud, más ó menos grave,

pero siempre digna de examinarse, persiste en su creencia, aunque sea falsa, y en su sumision, aunque sea ilícita. En lugar de buscar la luz, se obstina en huir de ella; le seria penoso examinar, en donde se hallan los verdaderos ministros de la verdad, los depositarios auténticos de los poderes divinos, y prefiere apóstoles ambiguos y maestros equívocos. Algunas veces, va más léjos; no solamente sospecha que sigue el mal camino, sino que lo sabe con certidumbre. Pero, sea por obstinacion ó por el ejemplo, sea venganza y despecho de amor propio, sea condescendencia con secretas pasiones, sea falta de ánimo para arrostrar algunos sacrificios, permanece en la senda de perdicion que ha seguido; ve el buen camino, pero, no quiere tomarlo, desdeñando igualmente las protestas que suscita la conciencia, y el llamamiento que hace y deja oír la verdad.

¿Es extraño que, despues de esto, diga la Iglesia á los que tienen semejante conducta: Fuera de mí no hay salvacion? ¿Es injusto excluirlos, cuando ellos mismos se excluyen? ¿Es una barbarie negarles una salvacion que ellos no quieren? ¡Singular crueldad, que consiste simplemente en abandonarlos á su deseo! Es la crueldad de un piloto, que deja á pesar suyo en las aguas á estúpidos náufragos, que se niegan tenazmente á subir á bordo de su buque.

En cuanto á los niños muertos ántes de ser regenerados, se pueden considerar dos cosas: la felicidad de que los deshereda la privacion de la gracia bautismal, y la suerte á que los condena esta privacion. Primeramente, es doctrina de fé, que muriendo con la mancha original, estarán alejados del reino eterno, cuya puerta es el bautismo, y cuyo título indispensable es el del carácter de cristiano; no podrán contemplar á Dios cara á cara, y poseerlo eternamente, como lo harán los que á su nacimiento han sido bañados en las aguas de la regeneracion.

¿Con qué derecho censuraremos esto? ¿Diremos, que Dios hace aquí una injusta acepcion de personas? La acepcion de personas tiene lugar, cuando se trata de lo que se debe de justicia; pero no tiene lugar, cuando se trata de lo que se da por pura gracia. Dios, admitiendo algunos niños al bautismo, y por el bautismo al cielo, les hace un favor; no pretende cumplir una obligacion; así tambien, cuando permite que sean privados del bautismo y del cielo, no es esto desconocer un derecho, sino simplemente dejar de hacer una liberalidad. Él es dueño de sus dones y de sí mismo. Ningun hombre, al entrar en el mundo tiene títulos, y, sobre todo, títulos absolutos para recibir sus beneficios, ni para poseerle en sustancia; puede obrar como le agrada; y si en sus impenetrables designios permite, que débiles y naci-

tes criaturas mueran en la culpa original, y sean desterradas de su presencia, no debemos hacer otra cosa más que callar y humillarnos bajo el peso de este decreto formidable; no nos toca censurarle. Es una desgracia para aquellos á quienes alcanza; no es una iniquidad para el que la sufre; como en todos los golpes terribles de su brazo, Él no deja de ser siempre la justicia de las justicias.

Esto es respecto á los bienes de que están privados los niños que mueren sin bautismo. Y ahora, ¿qué diremos de la suerte á que están condenados? ¿Cuál será su infierno? ¿Será semejante al de los adultos, que se hayan perdido por faltas voluntarias y premeditadas? ¿Además de la privacion de Dios, que habrán de sufrir, además del dolor que les causará la imposibilidad en que estarán, de poder contemplarla, estarán sujetos, como aquéllos, á algunos tormentos sensibles y positivos? Dios no nos ha revelado nada de fijo sobre este tremendo misterio; la Iglesia no lo ha decidido; la opinion queda en libertad; cualquiera que sea el juicio á que os inclineis, tendréis, con autoridades que lo apoyen, el derecho de no ser censurado por nadie. ¿Os agrada presumir que estos niños no tienen pena? San Agustin os autoriza á ello.

Quedan los infieles. La fé hace á estos dos concesiones; en este mundo, les promete la esperanza; para lo futuro, les promete la equidad. Sí, señores, la esperanza en este mundo. Desde el momento en que los infieles usen como es debido de su razon, y se entreguen con docilidad á las insinuaciones de su gracia, debemos creer, que Dios hará llegar á ellos, por uno de los mil medios, cuyo secreto posee, un rayo de verdad que los instruya. Nada importa, que habiten en medio de bosques desconocidos, ó que se hallen perdidos en islas tambien perdidas en la inmensidad de los océanos. Los cielos y la tierra se conmoverán para sacarlos á la luz de la justicia, y llegarán hasta ellos predicadores evangélicos, llevados, si es menester, en alas de los ángeles.

Así como tienen la esperanza en esta vida, así tendrán la equidad en la futura. Supongamos, que mueren sin haber recibido la buena nueva; van á comparecer ante el supremo Juez. ¿Sobre que versarán los interrogatorios á que estarán sujetos? ¿Sobre qué base se fundarán las sentencias que los condenen? ¿Sobre la ley natural promulgada por la conciencia. Ellos mismos serán, por decirlo así, el texto sobre el cual serán juzgados. Se examinará su vida segun el testimonio de su corazon y de su razon, y sus propios pensamientos los acusarán ó los defenderán, segun la bella expresion de la Escritura: *Cogitationibus accusantibus aut etiam defendentibus*. Es im-

posible concebir una base de enjuiciamiento más justa é incensurable.

Así, en resumen, tales son las dos ideas á que debemos reducir nuestro juicio sobre esta máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvacion. Primeramente, la Iglesia es más extensa de lo que se supone; además de los que están unidos á ella por vínculos exteriores y sensibles, ella cuenta por suyos, y pone en via de salvacion, á los niños bautizados en debida forma por el cisma y la herejía, á los adultos alistados de buena fé en las sectas disidentes, á los infieles y paganos regenerados por el bautismo del deseo. Con esto, si no me engaño, se extiende ampliamente el camino del cielo y se facilita su acceso.

En segundo lugar, los que excluye la Iglesia, no tienen derecho para quejarse. Estos son los disidentes de mala fé, y su mala fé los condena; son también los niños muertos sin bautismo; estos están, por una parte, privados de un bien que Dios no les debe, y por otra, se hallan en un estado que se puede suponer preferen á la nada. Son, en fin, los infieles, que no conocen la revelacion; y aquí hay también dos máximas: primero, Dios les concede gracias, cuyo enlace, si saben corresponder á ellas, los conducirá infaliblemente á la fé; además, si mueren sin haber recibido el Evangelio, no serán juzgados por el Evangelio, sino por las infracciones cometidas contra la ley natural.

¡Oh! qué juiciosa y moderada es esta doctrina, que salva los más sagrados derechos y las glorias las más santas en orden á Dios, al hombre y á la Iglesia. Salva la justicia y la bondad de Dios, pues que no condena sino á los que quieren condenarse, no niega á los que deshereda nada que les sea debido, y, por último, dispensa á todos gracias suficientes para conseguir la salvacion. Salva los derechos del hombre, á quien disculpan la buena fé, la ignorancia involuntaria, la sencillez del corazón, y á quien no se le priva, ni de los auxilios de que es digno, ni de las recompensas á que puede aspirar. Salva el amor de la Iglesia, que va por todas partes recogiendo, para apropiárselas, todas las almas justas y puras que puede haber, y no desecha de su seno ni de sus esperanzas, sino á los que están excluidos, ó por desgracias de que ella no es responsable, ó por la depravacion de su espíritu, y la obstinada independenciam de sus pasiones y de su orgullo. Ella tiene toda la severidad de una sociedad que se da á respetar, y no quiere ser una indigna é impura corporacion. ¡Ah! ahora que estaremos convenidos de esta afectuosa verdad, en lugar de calumniar el amor de una madre tan caritativa, dediquémonos más bien á disfrutar de sus beneficios. No nos atengamos solamente

á su comunion exterior. Unámonos también á su alma. Inspirémosnos de sus sentimientos y de su espíritu. Marchemos siempre é invariablemente sumisos á su palabra. Y no contristemos á los cielos, á la tierra y al buen juicio por la más insensata desgracia, la de perder la salvacion en medio del camino real que debe conducirnos á ella, y que os deseo.

IGLESIA.

(LA)

INDEPENDIENTE, COMO PODER DOGMÁTICO, DE LA
POTESTAD TEMPORAL.

VIII.

Data est mihi omnis potestas... Euntes ergo docete omnes gentes.

A mí se me ha dado toda potestad... Id pues, é instruid á todas las naciones...

(MATH. XXVII, 18.)

La Iglesia, por su naturaleza, por la flexibilidad de su organizacion, puede felizmente adaptarse á todas las formas sociales, y lo que vemos en el mundo, nos lo demuestra con evidencia. En los diferentes puntos del globo adonde ella se extiende, en Europa, en las dos Américas, en la Oceania, existen mil variaciones de constituciones y de gobiernos; en todas introduce la accion de su propia jerarquía, y en tanto que sean conformes á la razon, no se citará ninguna á cuya aplicacion pongán obstáculos sus actos. Así por su mecanismo material, como por sus sentimientos, ella es compatible con todos los gobiernos de cualquiera especie que sean; los acepta, los acata y obedece, en cuanto lo permite la conciencia; procura por toda clase de medios y de sacrificios vivir en buena inteligencia con ellos; y es inmensa su satisfaccion, cuando ve á las dos autoridades que gobiernan á los pueblos, unidas entre sí y animadas de un respeto recíproco de sus derechos, marchar como dos corceles amigos sobre líneas parale-